

centando paulatinamente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, hasta alcanzar, en los años finales del siglo XX, un desarrollo espectacular». En efecto, a estas alturas todas las respuestas a la urgente demanda de una *visión global* del fenómeno histórico del arte son pocas. La constante dispersión y la multiplicidad incontrolada de los análisis historiográficos exige que se emprendan esforzadas tentativas de síntesis; ante el asedio de mil vientos y borrascas, los marineros piden que se redacten manuales de salvamento o, al menos, cartillas con instrucciones básicas. Esa es la plausible justificación del libro que reseñaremos.

La fabulosa eclosión que ha vivido la historiografía artística como disciplina y la literatura sobre las artes en los últimos cincuenta años han coincidido ciertamente con una complicación extraordinaria del propio panorama de la creación plástica. El arte se ha convertido en objeto de sí mismo, en un discurso necesitado de comentario y en razón de estudios y disciplinas críticas que se han vuelto poderosos arrendatarios del papel impreso y en colonos de la psicología pública. En España no hay ya una sola universidad en cuyas aulas no puedan cursarse estudios de historia del arte. Muchos centros disponen también de cátedras de estética y similares. Los políticos (los artistas de la política) pueden medir sus éxitos en función de las exposiciones que inauguran. Y estas y otras cosas ocurren a la vez

que la diversificación, disgregación, inarticulación, dispersión y de semejanza del propio discurso artístico arroja un saldo sobre el estado de cosas más bien confuso.

¿Por qué se desborda el río, si apenas llueve? Porque, aunque llueva poco, el agua baja desmadrada. ¿Cómo achicar tanta belleza incomprendida en este clima? El desafío consiste en un decir ocasionalista para cualesquiera epifanías del arte. Pero, no obstante, se ambiciona un paisaje humano en el que la razón estética quiera ser menos «universal» y más transparente. Pues bien, el dinamismo centrípeto, la llamada a la unidad que quiere compensar la fuerza centrífuga de los esfuerzos múltiples mencionados, la dinámica de estudio que reclama «orden», están encarnadas en el concierto disciplinar que el manual de historia general del arte representa. El proyecto que ha acometido y al que ha dado feliz cumplimiento el equipo coordinado por Ramírez con ayuda de Adolfo Gómez Cediño se suma a estos denuedos del «concierto disciplinar».

Los formatos al uso para historias universales del arte van desde el libro de bolsillo al tamaño enciclopédico. De ambos extremos y de los formatos intermedios hay ejemplos bastante conocidos en España. Sigue escribiéndose el *Summa Artis*, que ya anda por el tomo XXXVIII, y es, con mucho, la más extensa de las historias universales del arte que se han redactado en este país. La *Historia del Arte* de

Ramírez busca y encuentra su espacio en la región de los manuales intermedios, los que efectivamente pueden ser llamados «manuales». Está concebida en cuatro volúmenes, de los que se han publicado los dos primeros. Sus redactores siguen un esquema firme, fiel a las normas de la arquitectura interna que da una muy favorable cohesión estructural a la obra. A cada sección, redactada por lo común por destacados especialistas en la materia correspondiente, se le concede una extensión ligeramente variable, adecuada a la amplitud de los asuntos que trata, y una distribución también parecida de medios de presentación: el texto propiamente dicho del historiador, una selección de entre setenta y ciento diez láminas por sección, ocho o hasta doce de ellas comentadas con estiramiento, y un apéndice, cuyo contenido incluye siempre bibliografía y, según necesidades, mapas, cronologías, esquemas, glosarios y extractos de fuentes.

El esquematismo severo es tan elocuente en la concepción de este libro colectivo, como su manifiesta voluntad didáctica.

La apariencia del libro mismo, cuyo diseñador gráfico ha sabido atender absolutamente a la finalidad de la publicación, actúa de invitación a una lectura dominada por la claridad. Pero también el esfuerzo de los colaboradores ha ido orientado en este mismo sentido: atender el propósito de alumbrar un texto con valores propedéuticos. ¡Bienvenidas sean las virtudes di-

dácticas a la historia del arte! La enseñanza de la historia del arte sufre en España un desajuste proverbial, precisamente a causa de la inoperancia didáctica, cuasi crónica, de la disciplina, cuyas causas se desconocen. El desarreglo entre lo exigible y lo exigido en las aulas y la chillona inexistencia de una noción acerca de cuáles son los conocimientos que deben corresponder a la formación elemental de los estudiantes, son ya síntomas inquietantes. La contribución de este manual, así pues, surte el efecto de un revulsivo sobre ese estado de cosas. Los colaboradores dan lo mejor de sí mismos, son solícitos con un lector en disposición de aprender «lo más importante», se dejan contagiar por la hermosa curiosidad «del que no sabe».

El resultado merece elogios porque consigue ser útil y funciona allí donde hace falta. El voluntarismo didáctico afecta a extremos susceptibles de controversia, como cuando se titula el primer volumen *El mundo antiguo*, aun cuando trata, además de la antigüedad, la prehistoria y también, por ejemplo, el arte de la India medieval. Pero, ¿cómo si no, titular sin rodeos ni retórica un tomo dedicado a las culturas remotas? Allí se tratan el arte del paleolítico y del neolítico, el arte de los pueblos «naturales», antes «salvajes», el de la América precolombina, los antiguos Egipto y Extremo Oriente, griegos, etruscos y romanos, y el Asia meridional. Conforman estos capítulos en poco más de cuatro-

cientas páginas un panorama representativo de este cúmulo de maravillas de la civilización.

En este primer volumen participan nueve autores, cada uno de los cuales se ha responsabilizado de una sección. Son gentes de la universidad española, con prestigio y saber hacer, que tratan asuntos de su competencia. Tiene el libro la suerte de contar con el experto en antropología americana José Alcina Franch, con el egiptólogo Josep Padró, con la orientalista Carmen García-Ormaechea, con el excelente historiador de la antigüedad helenística y latina Miguel Ángel Elvira y con otros destacados miembros de nuestra comunidad académica, de la que se puede decir que vive un momento de consolidación en lo que a sus idoneidades en la investigación historiográfica se refiere. El segundo volumen, dedicado al arte de la Edad Media y con una extensión similar al anterior, tampoco se queda a la zaga en lo que respecta a la exigencia de sus colaboradores. Ha sido redactado por autores tan prestigiosos como Joan Sureda (el arte románico), Joaquín Yarza (artes figurativas del gótico), Gonzalo Borrás (arquitectura gótica) y otros historiadores con menos años y fama, pero con buen oficio: Clara Delgado, Isabel Cervera, Manuel Núñez, etc.

Para la confección del manual —en toda su extensión de cuatro volúmenes— se pusieron a trabajar treinta y dos profesores dispuestos a divulgar sus saberes, aunque por el momento podamos disfrutar sólo

de la mitad de la cosmología trazada. Los volúmenes por venir abordan la Edad Moderna y la Edad Contemporánea. Prometen ser buenos a decir del elenco de sus redactores: Marías, Checa, Valdevieso, Bozal, Brihuega, Raquejo, Reyero, Solana y el propio Ramírez. Después de la *Historia del Arte* publicada hace años por *Historia 16* en cincuenta entregas, no se había llegado a coordinar a una lista tan grande de estudiosos de estos asuntos, y esto ya es mérito. Es obvio, con todo, que, por mucho que hayan hecho por plegarse a las normas prescritas para todos, los autores cuyo trabajo reseñamos se han comunicado con voz propia, según sus inclinaciones metodológicas y sus convicciones. No han interpretado un canto monódico, sino que han grabado en un mismo disco las canciones que mejor sabía cada uno, pero conforme a ciertas pautas establecidas para todos.

La intervención del director del proyecto ha sido cuidadosamente discreta, precisamente para evitar disonancias toscas y falsas expectativas. No se ha propuesto el estreno de polifonía alguna. Un libro que se parece algo a esta *Historia del Arte*, en sus afanes, aunque tenga un formato distinto, es el célebre *El arte y el hombre* de René Huyghe, obra también colectiva, disciplinada por instancias didácticas y con viva voluntad de compendio. El intento de Huyghe se inclinaba más bien a la polifonía histórico-artística; sometía a sus colaboradores al marchamo de sus

propias palabras, colocaba en cada hueco disponible sus palabras de introducción, y esto parecía articular armonías en la relación plural de las aportaciones. Juan Antonio Ramírez no ha sucumbido a tentaciones de este tenor, porque ha querido ofrecer un paisaje historiográfico que es reflejo de muchas tentativas particulares y ha querido rendir homenaje a las circunstancias actuales que marcan las diversas parcelas de la historiografía artística. De este modo el resultado es una fiel muestra de las aptitudes de los saberes especializados en los que hoy trabaja la historia del arte. Ha exigido, eso sí, que las aportaciones se atuvieran a las necesidades del órgano común, de modo que, por su estilo, por su propositividad y por su función, se integraran silenciosamente en un discurso global. El libro encontrará de seguro muchos lectores interesados, porque es útil.

Javier Arnaldo

La guerra civil española

Al llegar el quincuagésimo aniversario de la guerra española de 1936-1939 el periódico *El País*

publicó en sus números dominicales un conjunto de artículos sobre la misma, que revisados ahora y ordenados forman este volumen*.

Estamos ante sucesivos capítulos que se deben a autores relevantes, capítulos propiamente narrativos y otros de carácter temático o sistemático (la revolución social, la vida diaria, la Iglesia, la represión, etc.). El conjunto tiene calidad y resulta instructivo, aunque no puede poseer —ya que no se lo ha propuesto— la densidad monográfica de una investigación especializada; según decimos, se trata de un buen libro.

El propio Malefakis (investigador eminente sobre cuestiones de historia agraria) lleva el peso principal de este volumen, y reflexiona así en conjunto sobre la guerra española. Como cualquier otra contienda civil —advierte—, la guerra de 1936 se derivó de la acumulación de viejos problemas sociales y políticos sobre los que actuaron tensiones concretas y pasajeras: se trató por tanto de un proceso de «larga duración» que el historiador deberá enfocar en cuanto tal proceso amplio.

Alude Malefakis al pasado de España y recuerda cómo en efecto divisiones ideológicas «diametralmente distintas» apuntaron ya en tiempos del rey Carlos III y estuvieron claramente articuladas en la

* *Edward Malefakis, dir., La guerra de España (1936-1939), Madrid, Taurus, 1996, 680 págs.*